

CARNE, PÍXELES Y REVOLUCIÓN

Remedios Zafra

Prólogo para *De esto no se habla* de Laurie Penny (ed. Continta me tienes, 2017)

Los sujetos hoy están hechos de carne y píxeles, de sueños y expectativas siempre en conflicto y redefinición. Allí donde este fascinante “desastre de realidad al que llamamos ser”¹ es interpelado por su género y su identidad, *¡eh tú, ¿quién eres?!*, se define una posición moral y política que es objeto de reflexión de este libro. Surge entonces la pregunta por las formas de poder, revolución y resistencia en *esta* época, en *este* lugar del mundo que es “este mundo conectado”. Surge la pregunta por lo que supone hoy ser niña, adolescente, *queer*, mujer y pobre; sobre lo que implica -cuando la política se sabe regulada por la economía- vivir en la precariedad de sentirse alguien *descartable*; o lo que supone vivir con nuestras imágenes (y a pesar de ellas) allí donde controlarlas nunca fue tarea tan complicada. Casi tanto como controlar la satisfacción con nuestra “propia imagen” y esa (tuya, mía, de ellos) expectativa vital al sentir que la vida en libertad se ve amenazada.

La identidad se escribe, se va escribiendo día a día. Pero en todo discurso, práctica y tecnología identitarias, hay zonas de oscuridad por las que el poder no pasa o que no se nombran. Hay cosas de las que no se hablan. Con más o menos éxito pareciera que la vida social comienza cuando nos enseñan a seguir la inercia y a pasar de largo por lo *indecible*, aquí relacionado con lo subordinado y lo excluido, con lo que ha quedado fuera de la mirada y de la comprensión, lo que ha sido coartado, encorsetado de viejos significados o sentenciado como aquello de lo que no se habla. El feminismo lleva décadas luchando contra el poder que ha puesto luz y palabra a lo que importa y oscuridad a aquello por lo que se pasa de largo.

Desde hace décadas el arte y el activismo feminista han ayudado a desvelar las ausencias frente a las presencias, el poder implícito en el esfuerzo por significar y diseñar identidades. Y me parece que si toda obediencia a lo socialmente correcto contribuye a repetir mundo, sólo la libertad radical de disentir, cuestionar y deshacer las formas de diseñar códigos y correcciones sociales podría ayudarnos a imaginar otros mundos, a desmontar éste. Creo que ahí habita el relato de Laurie Penny del que *Unspeakable Things* forma parte.

No hay complacencia en este ensayo encarnadamente feminista que transita por sutiles y explícitas formas cotidianas de opresión, y que trata justamente de las personas más vulnerables para la agenda neoliberal: mujeres, adolescentes, trans, madres solteras, desempleados, estudiantes, gente que habita los márgenes, descartados por el sistema, precarios, activistas, gordos y gordas, niñas...

Un recorrido capaz de identificar tanto la increíble potencia de la alianza en las redes si hay libertad, como la violencia cotidiana del ciberacoso, la fragilidad que otorgan los vigentes imaginarios a los adolescentes, o una imprescindible mirada a los imperfectos trajes culturales de feminidad y masculinidad.

Entre ellos, el foco de la época animaría a observar una figura sobre la que Penny se detiene. Figura quizá inadvertida para quienes miran la piel de la pantalla y no a quienes la programan. Me refiero a esos *geeks* que Laurie describe como empollones pegados al

¹ Laurie PENNY. *De lo que no hablamos* (*Unspeakable Things*, Bloomsbury, Londres, 2014).

ordenador, tal vez humillados por los compañeros de clase e idealizados después en historias de éxito cosidas con poder y capital. Tal es el relato de los “perdedores que triunfan” ideando una gran empresa tecnológica, logrando a “la chica” y mucho dinero, pasando por alto lo que los hace iguales entre ellos: que los que mandan e imaginan/programan futuro (ellos) siguen siendo “hombres”. He aquí una raíz de la intrahistoria de Internet detrás de la mitología de genios solitarios, de la cultura de garaje y de los jóvenes *geeks* que crearon y siguen alimentando la factoría estructural de la red.

Este libro está atravesado por lo que la autora denomina “el territorio íntimo del malestar” y camina por los prejuicios, la culpa y la vergüenza educadas. Cuando de pequeña te dicen que la igualdad existe pero nadie se pone a ello, no hacen sino promover la frustración ante un mundo que te devuelve precariedad y desempleo, estereotipo y violencia (“no llames la atención”, “cuidado con Internet”, “vive con hambre”, “odia tu cuerpo”, “no te metas en política”).

La revolución feminista en la red “no” era la apariencia, era la alianza

Internet era un lugar en el que podía ser yo misma en vez de ese personaje que me habían impuesto las fauces rapaces que era ese mundo de la feminidad que pretendía que yo desapareciera. Sin embargo, resultó que cuanto más tiempo pasábamos en línea más nos dábamos cuenta de que sí había diferencia entre ser hombre y mujer en la red. Había una gran diferencia.²

Laurie Penny nació en Londres a mediados de los ochenta. Era una niña cuando Internet comenzaba a protagonizar debates sobre lo que supondría un futuro irreversiblemente conectado. Un mundo interfaceado por la máquina donde la pantalla anunciaba la posibilidad de aplazar el cuerpo y sus estereotipos, imaginar nuevas posibles formas de “ser” y relacionarnos. Pero la revolución no estaba ahí, la revolución llegó con la socialización de Internet, con la posibilidad de unir a personas conectadas al margen del poder, el lugar y las instituciones. Pero esto lo descubrimos más tarde.

La generación de final de siglo ha crecido con gran parte de su vida archivada en la red, pegados desde niños a dispositivos tecnológicos. Una generación consumista, con aspiraciones y estudios, pero sin épica ni grandes relatos, ingenua incluso, hasta que llegó la crisis y la conciencia política, hasta que capitalismo, pobreza y tecnología se aliaron para definir sus días y ayudarles a descubrir el espejismo de la igualdad. No es extraño que una de las mayores fuerzas de este libro sea abordar las batallas de la injusticia social y el género bajo el capitalismo tardío, cuestionando cómo el mercado controla y diseña hoy nuestros deseos y cómo se alimentan de manera sostenida prejuicios y formas de desigualdad.

Entretejida con su obra anterior, en *De lo que no hablamos* Laurie Penny mantiene una radical coherencia, incluso en sus contradicciones, un necesario peaje que bien vale su ejercicio de sinceridad extrema. Tal vez porque su biografía forma parte imprescindible de su discurso. No ya porque haya tenido una biografía singular que la diferencie de su generación, sino porque en ella enfatiza especialmente “lo que la hace igual a otras mujeres”, “a otros jóvenes”, y eso otorga un increíble poder a su narración. Es justamente un “no soy distinta” lo que hace profundamente valiosa su mirada, lo que la convierte en colectiva y nos permite hablar de cultura y de política.

² *Ibid.*

Cuando Laurie entró en Internet “ser una misma” era posible desprendiéndose de las máscaras cotidianas. Es decir, liberándose de los personajes impuestos en el mundo de afuera. Paradójicamente este ejercicio a veces precisaba de otras máscaras y nombres o incluso del anonimato, primando además una comunicación eminentemente textual. Quizá por ello entonces, la imaginación para hacer y deshacer estaba mucho más liberada del estereotipo que ahora, que la imagen inunda y desborda toda la parte visible de Internet.

En gran medida, la punzante sensación de libertad en la primera Internet la daban máscara textual y anonimato, porque se concebían no ya como un añadido al rostro, sino como una “liberación” del rostro social, un deshacerse de clichés para fluir más libres, alejados de las visiones dualistas y encorsetadas de las identidades educadas.

Pasó que en los años noventa la red animó todo tipo de discursos utópicos *posthumanos* y *postgénero* derivados de la potencia (imaginada) de un mundo interfaceado y mediado por pantallas. Rápidamente los discursos se vincularon con la superación de los estereotipos del género y lo que venía escrito en la carne, porque ahora teníamos cuerpos-pantallas. Entonces era intensa la sensación de que en línea la corporeidad se apagaba y con ella la ansiedad que genera el cuerpo, con su sangre y su grasa, con sus imágenes y significados, pero también la expectativa sobre el que tienes delante y cómo nos mostramos a los otros. Sin embargo, aquella sensación pronto fue contrarrestada.

La historia de las últimas décadas hablaría de una secuencia significativa, con seguridad más matizada de lo que les narro, pero aquí igualmente ejemplificadora de sus giros. Una secuencia iniciada en esta búsqueda de liberación del cliché social en los foros online y en el discurso crítico sobre la red de los noventa. Allí donde la base teórica apuntaba a la necesaria deconstrucción identitaria y a la especulación de máscaras para imaginar diferencia o para deshacer la presión educada sobre los cuerpos.

Más tarde, iniciado el nuevo siglo, territorializada la red por las nuevas formas del viejo poder y el capital, el mundo online no sólo se empeñó en copiar lo de afuera, sino que amplificó los estereotipos de género en las pantallas, demandando cada vez más “imágenes de realidad”, más cuerpos, más rostros, menos imaginación y más velocidad prejuiciada. Celeridad que facilitara la gestión del exceso y que permitiera acreditar la veracidad de quienes allí se congregaban. Entonces ya comenzaba a pesar la amenaza (ahora muy asentada) de que el anonimato y la máscara esconderían delito.

No obstante, en ese itinerario la secuencia ha ido atravesada de una potencia más silenciosa pero mantenida y poderosa. Una potencia que se ha ido agrandando conforme éramos más las personas conectadas. Me refiero al poder de la red para la alianza con gente de distintos lugares y con los mismos o parecidos problemas, unidos sin mediadores, más allá de instituciones, poderes y viejas identidades. De hecho, cabría pensar que ésta, la *alianza*, está siendo tanto para el feminismo como para los movimientos de lucha contra la desigualdad la verdadera revolución de Internet.

Biografía y poder político o las cosas que sobre nosotras (no) hablamos

No es anecdótico que para visibilizar lo que resulta difícil narrar, hayamos de navegar desde la ironía hacia las tripas y la crudeza de lo cotidiano, lo íntimo y a menudo, lo abyecto. Ambas han sido en las últimas décadas un recurso habitual en el arte feminista. Pero a diferencia del arte, no veremos en este libro una vulva dibujada y expuesta en un museo, una escena violenta convertida en performance en un centro de arte. Aquí la herida cotidiana educada en la contención se vomita fuera del marco de fantasía. Y puede que esto sea realmente transgresor en la obra de feministas como Laurie Penny,

cuya forma de decir denuncia poniendo nombres y rabia, señalando con el dedo dentro y fuera de los marcos. Y si el hilo de su pensamiento nace de su propia biografía y su realidad narrada, no pierde en el recorrido un ingenio y malestar punzante y crítico que recuerda y actualiza los manifiestos ciberfeministas de los noventa, sus antítesis y cibereróticas.

Laurie Penny dice escribir para sobrevivir, porque aquello que socialmente la define también la oprime, y la escritura salva. Por ello hablar de “lo indecible” es aquí doblemente político. Lo es como ejercicio que logra visibilizar lo escondido y hacer testimonio. Pero también como gesto que busca mostrar lo vulnerabilizado para evitar el acoso y chantaje de que otros lo muestren por una. Y considero que aquí radica una de las claves de este libro. Todo aquello que mentes retrógradas y acosadores podrían utilizar contra Penny es previamente compartido y visibilizado por ella misma, desde un discurso en primera persona. Se mina así el posible poder que alguien quisiera otorgarse sobre parte de su intimidad.

Como si dijera: “Miren, aquí les dejo mis confesiones íntimas, mis denuncias, aquí cómo deseo y cuándo amo, mis pechos desnudos a este lado, mi sexo más abajo, mi barriga, mis fotos bebida cuando no sabía que alguien me fotografiaba... todo lo que les parece inadecuado en público pero mirarían resguardados en sus habitaciones a través de una mirilla online”. Justamente todo lo que anulando sus deseos y estigmatizado por la vergüenza y la culpa de una moral conservadora y dañina, se dice a las mujeres que no deben mostrar y es objeto de coacción y miedo en sus vidas.

Visibilizar lo que se oculta es un potentísimo gesto subversivo que nos expone al escrutinio público, pero que también nos libera del chantaje, adelantándonos a la posible instrumentalización de los otros. Visibilizar biografía es aquí algo que empodera.

Cierto que no toda biografía logra convertirse en voz de muchas personas, sólo aquellas que de manera sorpresiva dicen lo que otros no han dicho de sí mismos aunque lo piensan. Y esto es importante: hablar de aquello de lo que no hablamos por pudor, conflicto o costumbre.

Porque la vida empuja a la complacencia y la autoayuda para calmar la ansiedad contemporánea. Hoy es complicado sobrevivir como sujeto libre entre las toneladas de consejos y relatos sobre amor, imagen y familia que persiguen a las mujeres, que salen de los medios y editoriales ávidas de ventas, rebosan las calles y las pantallas y se pegan a sus dedos como “literatura pensada para ellas”. La que deben leer, la que les ayudará en su vida a evadirse y entretenerse, a huir de la lectura que perturba y hace pensativas las cosas que nos igualan y nos significan, la que nos repite o imagina, casi siempre “nos repite”.

Las convenciones y los prejuicios conforman gran parte de nuestros silencios, y los silencios conforman gran parte de las subordinaciones. Demasiadas cosas que “no decimos”, que “no describimos” en primera persona. En Occidente callar y contener han sido grandes valores ponderados en las mujeres.

Pero también lo que no decimos, aquello “de lo que no se habla”, apunta aquí a determinados agentes que se han convertido en los últimos tiempos en objeto de observación y estudio por parte de ejércitos de investigadores que analizan cómo vivimos cuando vivimos conectados. Ahora los adolescentes y jóvenes son foco de atención y escrutinio constante, tanto para científicos como para negociantes que buscan adelantar y rentabilizar los movimientos y cambios sociales derivados de una vida en red.

Laurie Penny no investiga sobre ellos, forma parte de ellos. Y cuando habla de sus vidas y de sí misma lo hace evitando la tentación meramente estetizada y narrativa de quien

navega superficialmente por los charcos de Internet para idealizar generación y época. Lo hace excavando en las cosas, como quien se sumerge buscando razones, desvestiéndose y haciendo reflexivos los vestidos culturales hilados con cicatrices en sus pieles.

Los filtros construidos del género, la pobreza y la identidad forman parte del poder que ella denuncia. Así, se enredan y desenredan desde la voz propia que da la escritura despojada de tabú. Y si bien esta cuestión caracteriza la vida en las redes (que la visibilidad de lo privado se ha vuelto cotidiana), esa intimidad sigue arropada y alimentada por la búsqueda de aceptación, afecto y complacencia. Es decir, está disfrazada de cultura de dominación y precisa ser liberada de ropajes para alcanzar las heridas. En esa capa más profunda que señala aspectos poderosos e imperfectos de la vida contemporánea se hilan sus narraciones, como quien interpela buscando primero conciencia, después alianza.

Liberación y ciberfeminismo

Me parece que, de manera líquida, los ecos del ciberfeminismo de los noventa están presentes en este libro, vivenciados en sus utopías y frustraciones por el pensamiento audaz de Laurie Penny. El ciberfeminismo anunciaba que lo que “es” o “puede ser” un feminismo en relación con la tecnología y con el mundo, siempre precisará al agente que se lo apropie para la acción política y social más efectiva³, además de la solidaridad, antes que de la unidad, la homogeneización o el consenso previo, propios de quienes proponen verdades universales o dogmatizar con las identidades.

El ciberfeminismo surgió de manera casi simultánea en los noventa en el contexto artístico y en el teórico que daba forma al pensamiento crítico sobre Internet. Las australianas *Vns Matrix*, comenzaron a hablar de feminización digital y ciberfeminismo con algunas coincidencias con otras autoras como la británica Sadie Plant. En su obra *Ceros+Unos* Plant asociaba el ciberfeminismo⁴ a la íntima y subversiva relación entre mujeres y tecnología, a una insurrección sobre parte de las mercancías y materiales del mundo logocéntrico y patriarcal, una dispersión, una emergencia distribuida hecha de enlaces entre las mujeres, ordenadores y dispositivos, comunicaciones y más conexiones.

Con los años, la visión de Plant sobre el tema fue considerada excesivamente optimista, incluso ella misma ha reconocido que, en gran medida, el discurso liberador de la tecnología era una propuesta sólo para privilegiadas. Sin embargo, creo yo que ese tono (optimista) testado en tan poco tiempo no debiera eclipsar focos interesantes de la potencia política de su obra. Plant argumentaba la íntima relación entre mujer y tecnología defendiendo que "el significado femenino va unido al de *digitalización* de la sociedad", pero que esta vinculación no se planteaba de manera forzada. Defendía que la extensión de las estructuras desjerarquizadas, la no-linealidad y la descentralización propias de una red se relacionarían con la idea de feminización en el nivel más básico de su definición, como un nuevo poder “de todos a todos”, no jerarquizado, sino horizontalizado.

Su planteamiento tenía claras influencias de Haraway y en conjunto apuntaba a un asunto que entonces se consideró cargado de transgresión para el feminismo, el hecho

³ Nancy PATERSON, *Cyberfeminism*,
<http://www.internetfrauen.w4w.net/archiv/cyberfem.txt>

⁴ Sadie PLANT, *Zeros + Ones: Digital women + the new technoculture*. Fourth Estate, Londres, 1997, pp. 37-44.

de que los roles definidos por el género llegarían en el futuro a ser distintos o incluso a ser superfluos gracias a la tecnología, dando como resultado un derrumbamiento del viejo estatus quo. Un futuro donde lo que mostramos a los demás podrá siempre estar manipulado biotecnológicamente, o “mediado” e interfaceado por el marco de fantasía de la pantalla, pudiendo hacernos y deshacernos en una suerte de esfera *posthumana*, y *postgénero*.

Simultáneamente y mucho antes del éxito hollywoodiense de la ficción *Matrix*, un grupo de artistas australianas que coincidieron con Plant en la inspiradora relación entre *feminización y digitalización*, infiltró el discurso de resistencia frente al ya dominante de los sistemas informáticos virtuales. Su infiltración tenía forma de manifiestos, acciones e iconografías paródicas, cibereróticas y críticas que decían querer sabotear al “gran papá, unidad central de computadora”. Una fresquísima impertinencia de herencia ciberpunk caracterizó las formas de estas chicas precarias y aburridas del mundo que decidieron burlarse y criticar el poder tecnológico sin caer en victimismos. Con referencias al feminismo francés y también a la obra de Donna Haraway estas artistas feministas crearon una pequeña corporación llamada *Vns Matrix* que fue capaz de sintonizar con lo que estaba pasando en distintas partes del mundo.

Desde entonces Internet ha sugerido no pocas metáforas al feminismo y a sus “modos de hacer” frente a las lógicas lineales y excluyentes propias de los discursos jerárquicos. La estructura horizontal estimulaba una escritura distinta, periférica, espacializada, subjetiva y repleta de caminos, subversiva y desobediente, abyecta incluso y desacomplejada.

Pasado el momento utópico, se vislumbró que si el ciberfeminismo podía ser útil políticamente para luchar contra la exclusión y empoderar a las mujeres de distintas culturas y lugares, necesitaría “ir más allá de una filosofía y una creación poética”⁵. Esta era la mayor dificultad para la eficacia simbólica de este modo de hacer feminista (concebido simultáneamente como estrategia política y como método artístico), no limitarse a la burbuja del viejo ámbito artístico que no siempre afecta a nuestra vida cotidiana, y ser un punto de entrada al activismo y discurso feministas en las redes y en la tecnología.

Sobre la moral del ver y lo privado

*(...) siempre desconfío de cualquier proyecto que tiene como objetivo restringir nuestra libertad como mujeres para protegernos.*⁶

Una de las señas que tradicionalmente ha caracterizado la cultura occidental ha sido la protección de lo más íntimo, lo que acontecía en el mundo de lo privado y lo doméstico, justamente donde han estado las mujeres. Un giro de época que atraviesa el texto de Penny apunta curiosamente a la subversión de esta (hasta ahora) seña de identidad cultural. Pero la transgresión conlleva un importante conflicto sobre lo que implica visibilizar lo privado, y quién adquiere poder en este trance.

El discurso íntimo ha venido a lo sumo estetizado bajo la poesía de unos pocos o la narración sesgada de los relatos del poder. Ahora sin embargo pareciera que todo buscara hacerse visible en la pantalla como forma de existir en el mundo. Pero he aquí

⁵ Faith WILDING (1998). Citado en: S. HAWTHORNE y R. KLEIN, *Cyberfeminism*, Spinifex Press, Melbourne, 1999, p. 4.

⁶ Laurie PENNY, *op. cit.*

un espejismo, pues todo lo que visibilizamos de manera normalizada en las redes sigue estando condicionado por otras lentes y formas de estetización que a menudo ocultan lo político, o lo diluyen en el exceso de imágenes.

Porque lo indecible de lo que trata este libro no es de la pose estereotipada de la adolescente frente a la webcam sino, entre otras cosas, de la perturbadora forma de significar el mundo de las imágenes cuando las personas van adjuntas.

Viejos códigos demarcaban en el pasado espacios privados e impenetrables, espacios donde se legitimaban e invisibilizaban cosas que hablan tanto de la libertad del “a solas” como de desigualdad, violencia y poder de unos sobre otros, legitimados en tanto “no vistos”. Y me parece que la época nos obliga a redefinir este concepto desde un irreversible uso de las redes y de la autogestión de nuestras imágenes en ellas. Fíjense por ejemplo en las clásicas formas de “reconocimiento social” que siempre han ido acompañadas de altos niveles de visibilidad. Una visibilidad, hasta hace poco, restringida a la esfera pública (profesional, social y masculina), bien delimitada de la frontera de las casas y la vida familiar y privada.

Esta sería otra forma de presentar el poder ejercido desde la primacía ocularcentrista del ojo. “Aquello a lo que se ha dado luz y visión pública, frente aquello otro restringido a la reproducción de la vida y los saberes sin poder de reacción, lo que ha quedado fuera del marco de la mirada pública”⁷. Porque ese poder opera también proyectando oscuridad y puntos ciegos, como el lugar de sombras que ha sido el *hogar*.

De esta manera, en las historias que nos han contado ha dado igual, por ejemplo, que un prestigioso filósofo que hablaba sobre ética y moral demostrara una flagrante falta de ética en su vida privada y que en ella fuera un tirano. Ha dado igual porque esto acontecía en la “sombra”, donde lo hecho no es contemplado por los ojos del poder y del saber archivado. Tantos hombres que han practicado en la intimidad lo opuesto a lo que predicaban afuera, tanta violencia consentida; tantos que propugnaban una vida ejemplar hacia fuera y la rehuían cuando los muros de la casa cegaban la visión.

Tantas sexualidades inexistentes porque acontecían en la esfera privada y no verlas quería equivaler a “no existir” (social y públicamente). Por ello, no sólo se alejaban los ojos sino también las palabras. Las palabras como la visión han dado existencia a las cosas. Evitar ver, como definir y nombrar, ha ensombrecido todas las prácticas que se diluían, como mucho en la luz que sale por la rendija de debajo de la puerta, en el confesionario y en las penitencias de los cuartos propios.

Con frecuencia en Occidente cruzar esta frontera de lo privado ha sido denostado por las sociedades y especialmente por quienes ejercían el mando, primer interesado en articular espacios de transgresión de sus propias normas, inventando espacios acotados y regulados de invisibilización como tantos lugares sagrados y cerrados. Llamativamente cruzar la frontera de lo privado se ha penalizado al vincularlo también con el chisme. Es más, visibilizar lo privado a través del cotilleo ha tendido a feminizarse en un sentido peyorativo que infravaloraba su veracidad. El reconocimiento se sustentaba en que todo lo que se hacía en la esfera privada fuera invisible para el mundo como resorte de libertad y dominio de aquellos que creaban las normas, deslegitimando la voz de las mujeres como habituales testigos de la vida y las contradicciones entre el afuera y la intimidad.

Ahora, sin embargo, pareciera que cuantas más fotos de nuestra intimidad, preocupaciones, momentos privados se compartan, mejor funcionarán nuestras redes sociales. Nunca el feedback y la circulación generados será mayor que haciendo

⁷ Desarrollo esta idea en mi libro *Ojos y Capital* (Consonni, Bilbao, 2015).

participes a los demás de lo que se siente y de los detalles más íntimos de nuestras vidas (antes privadas). Para quienes habitan en Internet ser visto es uno de los propósitos, pero sólo al principio. Lo fundamental será “seguir siendo visto” como forma de *existir* en un mundo conectado.

Los cuerpos hechos imagen y el poder de dominación simbólica

*(...) si alguien tiene una foto de otra persona desnuda o con poca ropa de pronto le otorga un inmenso poder sobre ella.*⁸

En su *Manifiesto Cyborg*, Donna Haraway proponía la redefinición de la acción de *ver* como algo corpóreo y de lo que, por tanto, se pueda rendir cuentas. En una época excedentaria en lo visual y caracterizada por la conversión en imagen de cada momento vital (incluso por la “creación” de imágenes que superan y sustituyen esos antiguos momentos vitales), ahora *ser* y *estar* no importa tanto como la *apariencia pura*. Una foto o un vídeo que testifique y archive, que recoja la confirmación del “he sido visto”. Ocupar ese lugar de “lo mirado” es un territorio familiar para las mujeres en la cultura occidental, donde no siempre se nos ha considerado “sujetos con mirada” pero sí “objeto de la mirada”. Esta consideración cambia con Internet, de forma que ahora todas las personas conectadas han pasado a convertirse en *imagen*, en objeto de la mirada de los demás. También los varones que (especialmente los más jóvenes) comienzan a sentir la presión de sus propias imágenes y la influencia de reiterados modelos estéticos en sus cuerpos y apariencia.

El tiempo se posiciona desde la supremacía de los cuerpos que se manipulan tecnológicamente (cosmética, moda, cirugía y edición de imagen). En las redes de hoy conviven cuerpos inconformes y cuerpos enfermos. Ambos buscan manipular carne y manipular imagen. Lo hacen a un ritmo equivalente al aumento de la ansiedad por la imposibilidad de lograr en la materia lo que tan fácilmente hace un editor digital que adelgaza, modela y rejuvenece. Los trastornos que provocan esta ansiedad y esta presión llevan a sufrir enfermedades de época (anorexia, bulimia...) y esto lo sabe en primera persona Laurie Penny.

Cierto que hoy podemos encontrar modelos de diversidad de quienes resignifican los viejos cánones desde, por ejemplo, una estética *girly*, o quienes posicionan la diferencia en sus redes. Pero resulta llamativo cómo frente a la multitud conectada de la que cabe presuponer heterogeneidad en las formas y celebración de la diferencia, lo que predomina y se reitera son modelos muy homogeneizados, más duros y dañinos para las chicas y las mujeres.

Conozco a jóvenes que, claudicando a la presión de estos potentísimos clichés, y habituadas a manipular su imagen en las redes, optan por esconderse en sus habitaciones conectadas y nunca responden a la posibilidad de encuentro físico donde pueda acreditarse la no correspondencia de su cuerpo con su imagen digital.

Sí, el territorio de “lo mirado” es sumamente familiar para las mujeres, habituadas a ir precedidas y ubicadas atendiendo a una imagen. Pero la conciencia sobre la desigual presión y condicionante hacia ellas y la amplificación de su efecto en un mundo conectado, puede convertir la vida en las pantallas en un cruel lugar de conflicto identitario.

⁸ Laurie PENNY, *op. cit.*

Y si esa familiaridad (vivida desde la conciencia como una “presión”) encontraba en la Internet utópica la posibilidad de liberarse temporalmente por el aplazamiento del cuerpo, no ha podido ser mayor “el contraste”. Porque la realidad nos ha devuelto una mayor dependencia del estereotipo, un mundo más estetizado y sustentado en la apariencia, un mundo curiosamente más parecido en esta dependencia.

De hecho, es en las adolescentes donde más claramente se advierte el poder de este nuevo escenario. Porque al refuerzo del estereotipo se suma la hipersexualización de niñas que pronto copian los modelos que, perversamente, la sociedad les propone. Y lo hace de manera insistente, diría incluso alarmante, en cada ámbito visual de la cultura (videojuegos, publicidad, vídeos musicales, juguetes, cine...). Modelos que han sido previamente denostados, y que estando normalizados promueven la tranquilidad del “todos lo ven”, “no debe ser malo”, “alguien lo habrá pensado”.

No cabe la ingenuidad de presuponer una responsabilidad ética en los vigentes imaginarios movidos por la seducción y el capital, ni una solidaridad colectiva con lo que oprime, cuando el propósito es ante todo “comercial”. No hay pretensión de cambio ni de mejora de mundo allí donde se repiten y adornan los modelos que se heredan sin cuestionarlos. Lo que moviliza es ante todo vender, ganar dinero, reconfortar, crear consumidores, asentar desde niños un modelo de influencia y poder y, por defecto, “una forma de deseo”.

Para quien piense que la hiperpresencia de imágenes estereotipadas y sexualidades de las chicas contribuye a normalizar sus imágenes propias para que no sean objeto de chantaje y ciberacoso, la realidad es bien distinta. Paralelamente a la predominancia de este imaginario sexista, prolifera la instrumentalización de las imágenes de sus cuerpos desnudos como objeto de chantaje. Pero también la culpabilización y la vergüenza de las niñas y adolescentes, que pronto descubren el poder que el mundo se atribuye sobre ellas y de manera cruelmente silenciosa y reiterada sentirán (*unspeakable*) que deben callar y “hacerse más pequeñas”.

Las jóvenes como Penny crecieron compartiendo su vida en fotos y pronto aprendieron que se cuestionaría más duramente su comportamiento y forma de vestir; que las miradas enfocarían sus nalgas y pechos, y que estas imágenes suelen circular con mayor frecuencia alimentando cadenas de comentarios plagados de fantasías sexuales y de dominación. ¡Qué gran poder para un trozo de carne, para la piel desnuda, pezones y vello púbico! No debieran valer tanto como para intimidarlas, para silenciarlas.

En la época contemporánea se enseña a las niñas que esas posibles fotos arruinarán sus vidas. Algo tan aparentemente inocuo, más arriba están los hombros, más abajo el ombligo, pero no, sus pechos, y su vulva compartidos en la intimidad y copiados por cualquiera otorga a quien posee la imagen un increíble poder sobre esa mujer.

Penny sabe caminar por este escenario con increíble agilidad, dando voz a chicas que llegan a sentirse sucias y culpables en Internet antes de que incluso alguien pueda hablarles de sexo o anticoncepción. Sin obviar la presión de estos imaginarios convertidos en molde para los chicos y reforzados en viejas formas de masculinidad dominante liberada en las pantallas.

Entretanto, la tribu no siempre toma partido o genera más miedo e inercia, sin educar. Y sigue siendo un reto lograr que la comunidad de personas conectadas reconozca que la intimidación y el acoso de niñas, raros, *queer* y mujeres en Internet amenaza crudamente la igualdad y la libertad de expresión. No en pocas ocasiones, y como podrán leer en las páginas que siguen, bajo delitos camuflados como falsa “libertad de expresión”.

Si las mujeres que aparecen en las redes son conocidas en la vida pública, las críticas sobre su imagen rápidamente encorsetada, se extenderán. Si son feministas o activistas y como tal miran su mundo, algunos las intimidarán desde la ignorancia y la osadía que da el insulto, amparados por el silencio cómplice de no pocos medios. Un insulto que, como espejo, retrata más a “quien lo dice” y no “a quien se dice” (*feminazis* -“se”-dicen).

En su capítulo sobre ciberacoso, Laurie Penny hace un matizado recorrido por reflexiones y experiencias propias y de otras activistas, sobre la inmensa energía que supone capear el acoso cuando habitas la esfera pública, pero también sobre los logros y transformaciones que la alianza de hombres y mujeres feministas está suponiendo.

El acoso en la red forma parte de una urdimbre eficaz en el entramado de poderes públicos, cuya propuesta para la sociedad es como mucho “alejen a las niñas de la red”. Las reflexiones de Penny son tan necesarias como urgente es acompañar de educación la cosa, como necesario es enfrentar las desigualdades sobre las que se construye un sistema que esquiva la educación en igualdad, incentivando el miedo y dificultando la libertad.

La penalización del sexo y los agentes deseantes

*Soy una romántica digital. Porque el sexo en Internet es sexo de verdad y el amor online también es amor y todo lo que hacemos entre lo uno y lo otro es tan auténtico como tocarte bajo los pantalones mientras el corazón te sale por la boca.*⁹

El amor, del que decía Kristeva¹⁰ que opera como tiempo y espacio donde el yo se concede el derecho a “ser extraordinario” y “estar perdido al mismo tiempo”. El amor, decía, parece encontrar en el hábitat online el lugar idóneo para la seducción pura, todo apariencia, para la espera y fuertemente para el deseo. Los sujetos, *extraordinarios* y *perdidos*, conectados y protegidos en sus cuartos propios, aman y practican sexo igual que trabajan o hablan de política. No hace falta crecer pegados a dispositivos tecnológicos para integrar la vida en la red en nuestras formas de deseo, pero la cotidianidad online ayuda. El escenario para el deseo ha sido subvertido y quienes habitan en Internet lo saben, a veces incluso lo sienten y, de distintas maneras, el corazón se les sale por la boca.

La imagen sin embargo sigue siendo un ámbito asimétrico para el deseo de las mujeres en Internet. Y no es casual que en ella se apoyen no sólo formas de acoso, sino la consideración de las mujeres como objetos de deseo y no como sujetos deseantes.

La cultura sigue dañando a las mujeres cuando se empeña en proyectar en ellas los deseos masculinos sin considerar los propios, porque, como sugería Nancy Huston, “(n)o es tanto que ustedes tomen a sus deseos por la realidad. es más bien que sus deseos se vuelven nuestra realidad”¹¹.

¿Dónde entonces nuestros imaginarios sexuales más allá de la erótica hecha por y para los hombres?, ¿dónde la desmercantilización de los cuerpos que sigue vulnerabilizando a las personas bajo lógicas que todo lo venden y todo lo compran, camuflando de elección la necesidad y la pobreza, bajo políticas que niegan la educación sexual, que

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Julia KRISTEVA, *Historias de amor*. Siglo XXI, 2004, p. 4.

¹¹ Nancy Huston, citado en Bernard ARCAND, *Antropología de la pornografía. El jaguar y el oso hormiguero*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1991, p. 88.

prohíben el aborto, que son laxas con la violencia normalizada a las mujeres o que alimentan modelos a ser que enferman?

Nuestros deseos son innegociables porque son nuestros, por mucho que el consumismo o la pornografía quieran domesticarlos. Y su puesta en cuestión o su apagamiento tendencioso es algo contra lo que las personas comprometidas con la justicia social siguen luchando.

Tal es la sensación frente a códigos morales que nos animan a prescindir del deseo, mientras nos entretienen en alimentar el deseo de los otros (*pornografía*), o en la mayoría de los casos deseando modelos inasumibles (*consumismo*) de delgadísimos cuerpos enfermos. Obligadas a sufrir si no encajas, recibiendo sentencias a un extremo u otro de una falda que sube y baja en una falsa escala, dual: *fea y gorda, bella y puta*. En la cultura occidental contemporánea no hay mujer que no haya recibido el escrutinio de los otros a uno de estos lados. ¿Y las chicas? ¿Cómo no van a sentir que los personajes, modelos y deseos que se reiteran para ellas están diseñados por personas que las odian si una de las primeras cosas que aprenden es a odiar su cuerpo?

También el deseo sexual precisa liberar del límite heteropatriarcal a la imaginación, en formas de desear ajenas a la visualidad sexista de un imaginario que sigue identificando sexo en la red con pornografía. Quien habite en Internet sabe que el deseo, como el sexo, es también, por ejemplo, “hablar de sexo”, que nuevas posibilidades para los cuerpos y sus sexualidades conviven con la carne, la pasión, la amistad, el amor y la política; con construir tu vida allí donde acontecen la mayor parte de tus interacciones con los otros en esta época.

El lenguaje es en este sentido crucial en las formas de deseo online. Más si cabe porque, como sugiere Arcand¹², hasta hace poco era como si solo pudiéramos describir el sexo y el goce por medio del desvío que permite el lenguaje culto o el obsceno, siempre con temor a parecer o no parecer suficientemente escandalizados. Como si nos hubieran despojado de palabras para describir nuestras prácticas, para normalizarlas en nuestras vidas. Internet ha aflojado los corsés del lenguaje permitiendo fluir otras escrituras de los afectos y los cuerpos. El universo de autenticidad que hay en todo lo que hacemos entre el amor y el sexo online, lo demanda. El universo por mejorar en las formas de dominio que laten, también.

¿Quién crea Internet (quién heredará la tierra)?

*Para los empollones, Internet es un espacio seguro. Siempre lo ha sido. Es cierto que hay recovecos donde se topan de cara con accesos de violencia esporádica y bullying, pero sigue siendo su madriguera.*¹³

Late en Internet una constante sospecha, que las lentes que nos permiten ver y se nos muestran neutrales están sesgadas en su estructura. De hecho, frente a la heterogeneidad del mundo online, quienes programan, crean y producen la infraestructura red hoy son increíblemente parecidos. Y no es asunto menor detectar que la gran mayoría son hombres jóvenes que trabajan en lugares muy localizados del mundo, que han podido convertir su afición en un trabajo y que cuentan con míticos relatos *geek* de genios solitarios y apasionados de la ciencia ficción y la tecnología. No sería importante si este sesgo no llevara implícito un dominio masculinizado y un lugar de poder, el de los

¹² Bernard ARCAND, *op. cit.*, p. 17.

¹³ Laurie PENNY, *op. cit.*

trabajos relacionados con la informática y la producción tecnológica, con la emancipación económica propia del trabajo pagado y el prestigio. En oposición a los más vulnerabilizados y feminizados donde las mujeres se debaten entre tiempos parciales, voluntariado y precariedad.

Es éste un poder que con frecuencia se nos escapa tras el espejismo de red horizontal. Un poder donde, por un lado, todas las personas conectadas producen y son contenido, pero siguen siendo unos pocos hombres los que de manera normalizada idean, programan y configuran la arquitectura informática de la red, la estructura de la casa. Por otro, el poder (neoliberal) tecnológico que lo sostiene se distancia cada vez más de una construcción, poder y política públicos.

En este contexto ya no llama la atención que quienes detentan hoy el poder en el mundo coinciden en gran medida con quienes detentan “el poder tecnológico”. Tristemente tampoco llama la atención (porque está culturalmente interiorizado) que esos ideólogos y líderes que nos gobiernan en el mundo conectado se parezcan tanto entre ellos. ¿Se imaginan que los creadores de *Google, Youtube, Facebook, Amazon, Apple o Microsoft* hubieran sido todos ellos mujeres? A muchos sorprendería esa seña de identidad común¹⁴, porque cuando un ámbito está feminizado los creadores dejan de serlo “en abstracto” para pasar a tener cuerpo y sexo. Si fueran mujeres alguien se habría ocupado de contar su historia íntima y de describir con detalle sus cuerpos, peinados y vestimentas. No es casual esta homogeneidad en quienes tienen el poder, y no puede ser naturalizada como si no importara. Así como la feminidad precisa ser deconstruida, otro tanto necesitamos con las formas de masculinidad, de las que se ha borrado su materialidad, sus historias, privilegios y lugares educados.

Me parece que este asunto es aquí relevante y enlaza directamente con lo que Laurie Penny sugiere al hablar de aquéllos que “heredarán la tierra”. En ese sentido, no se trataría de mirar solamente lo mucho que se parecen quienes hoy idean la casa-Internet, sino de mirar más allá, mirar la biografía (esas historias y lugares educados) de los jóvenes empollones de la tecnología, esos *geeks* a los que Penny observa y de los que en muchos sentidos se siente parte. Al menos en sus fases previas y diría que adolescentes, cuando los contextos *geeks* se muestran alternativos y sus agentes no han optado (o sucumbido) por el capital.

Reflexionar sobre este escenario nos haría fijar un punto de atención necesario en la escuela y en las aficiones primeras. Allí punza la sensación de que ser listo y atípico en relación a la estética mayoritaria te convierte en candidato perfecto para recibir las burlas de los demás. Sin embargo entre los fracasados por cuyas vidas Penny transita, el del *geek* es un perfil singular. Y creo que, al menos en sus fases de adolescencia, escapa a la clásica masculinidad y en algo se feminiza en la vulnerabilidad e introversión biográficas. Callar y pasar desapercibido es un propósito para quien no quiere ser humillado ni visto. Y me pregunto si esta sintonía que se advierte no abriría puntos de empatía y solidaridad feminista, de autocrítica y alianza.

Llamaría la atención este primer contraste con una masculinidad autoritaria, aunque no tanto con la abstracta del hombre desprovisto de género y equiparado con lo “humano” y descorporeizado. Esa masculinidad de la que hablaba Rosi Braidotti¹⁵ al reivindicar la

¹⁴ La especulación sobre la feminización del liderazgo tecnológico ha sido una idea trabajada en los *OpenLabs* del proyecto “*Her techno Hobby. Her techno job*” desarrollado entre 2011 y 2012 en colaboración con DeustoTech (www.hertechnohobby.deusto.es), y reflexionada a lo largo de mi libro (*h)adas. Mujeres que crean, programan, prosumen, teclean* (Páginas de Espuma, Madrid, 2013).

¹⁵ Rosi BRAIDOTTI, *Ciberfeminism with a difference*, http://www.let.uu.nl/women_studies/rosi

necesidad de “bajar al ángel del cielo”, favoreciendo una reconciliación del hombre con su cuerpo y con su sexo. Una forma de encarnación con lo que su corporeidad implica, materializando y situando su carne, distanciándose de la asociación que por mucho tiempo ha igualado lo masculino a “lo humano”, abstrayendo la masculinidad y obviando su sexo, piel, vísceras, hormonas, cambios, pelo, sangre, semen, saliva, sudor y fluidos. Pero también todas aquellas actividades y experiencias de *cuidado* y atención a los cuerpos que sufren, crecen, nacen, envejecen y mueren. Tareas feminizadas y concentradas en la materialidad del sujeto feminizado que cuida, siempre sexualizado, siempre encarnado, siempre domesticado.

Tradicionalmente las mujeres han gestionado las cosas y cuidados de los cuerpos en la intimidad, enfatizadas y reducidas a lo corporal. Pero esta asociación no ha venido desprovista de pérdida y ha implicado despojarlas de *subjetividad* (a través de su libertad y derechos como sujeto). Nadie debiera sorprenderse de la rabia y dolor acumulados en la toma de conciencia de esta sustracción de lo que nos singulariza como “humanos”.

Por ello, si cuando hablamos de masculinidad es preciso “bajar al ángel del cielo”, también habría que “matar al ángel de la casa” al hablar de feminidad occidental. Porque su construcción se ha apoyado en toda una mitología de “ángel del hogar”¹⁶, sumiso, obediente, sacrificado y servicial. Acabar con ese rol patriarcal en sus nuevas caretas capitalistas y tecnológicas implicaría matar ese “ángel” sumiso, terminar con el silencio (las cosas de las que no se hablan).

Sería por tanto preciso plantar cara y deconstruir masculinidades y feminidades hiladas sobre una subordinación estructural que ha negado a las mujeres su libre constitución como sujetos. Relegándolas a roles de esposas y madres, como objetivo vital único o preferente, desahuciando a las rebeldes, a las mujeres solas, a las inconformes, a las que aman a otras mujeres, a las que no responden al molde esperado y a las que clamorosamente habitan en la pobreza.

Pero tampoco cabe olvidar qué pasa si hablamos de “bajar al ángel del cielo” cuando el cuerpo está aplazado tras la pantalla, en ese reino gestionado en gran medida por los *geeks* que “heredarán la tierra” Aquí resulta interesante retomar el papel abstracto que asumen los *geeks* cuando alcanzan el poder tecnológico. Entonces su obra y su marca habla por ellos y su cuerpo y género desaparecen. Esos cuerpos que en la escuela y la adolescencia les hacían sufrir quedan protegidos no sólo detrás de la pantalla sino detrás de su poder y sus marcas.

Los relatos que han proliferado en la cultura visual occidental de los últimos años han contribuido a esta idealización en la que lo narrado y los agentes que narran, como guionistas del imaginario contemporáneo, tienen un pasado común con variantes *geek*. Entonces la imaginación es habitada por jóvenes varones que experimentan con tecnología, ingenieros y científicos, occidentales o ubicados en Occidente, amantes de los cómics y de la ciencia ficción, tímidos y poco exitosos con las chicas. Los reconocerán por series de televisión como *The Big Bang Theory*, películas como *La red social* o los biopics de los gurús de la informática moderna.

Cabría preguntarse entonces, ¿dónde están las chicas amantes del cómic y la ciencia ficción, las que cacharrear con tecnología y programan? Claro que existen. Laurie Penny conoce ese territorio, pero, ¿cómo resistir los embistes de un mundo profundamente masculinizado, sin referentes femeninos más allá de los estereotipados

¹⁶ Virginia WOOLF, “La medida de la vida”. Herbert Marde. Ver también: Virginia WOOLF, *DIARIOS 1925-1930*, Madrid, Siruela.

personajes hipersexualizados que dibujan los guiones para videojuegos, o esos personajes femeninos siempre secundarios y definidos por su vínculo con un hombre (novias, hijas, madres o “trofeos”)? El mundo *geek* es un mundo que intersecciona y se solapa con el de los videojuegos donde los clichés sobre las mujeres se amplían en su formalización visual. Porque de momento allí donde hay imagen el estereotipo tiende a reforzarse.

Y no son pocos los casos de mujeres que han sufrido amenazas y acoso por intervenir en la cultura sexista de los videojuegos y las tecnologías, Penny visibiliza varios. Y me parece que ante ellos no cabe identificarlos como gestos extraordinarios de mujeres valientes, sino como gestos inspiradores y obligados para cualquier persona con aspiración de un mundo mejorado. La alianza que convierta en plural la voz singular de estas mujeres sería hoy asunto determinante.

En este sentido, resulta llamativo que paralelamente a la cultura (educada) de genialidad del *geek* solitario existan en la cultura tecnológica toda una tradición de colectividad de ferias, reuniones y grupos de amigos capaces de crear redes de solidaridad entre los hombres. Infraestructuras que en el caso de las mujeres no tienen tradición, hay que construirlas. Justamente a esta ausencia apuntaba la crítica ciberfeminista a “la red de viejos amigos” (*Old Boys Network*) cuya expresión sólo existe en masculino y que fue apropiada por la primera red activista movilizadora por Cornelia Sollfrank y otras mujeres en 1997, desde el *Hybrid Work Space* en la Documenta de Kassel. Entonces OBN se concibió como plataforma para promover el ciberfeminismo y para lanzar la *I Alianza Internacional Ciberfeminista*, desde este gesto paródico que apuntaba a una de las muchas *ausencias simbólicas* en las formas de nombrarnos y de crear vínculos.

Relacionada con este escenario, una de las ideas sobre las que Laurie Penny construye uno de sus relatos sobre masculinidades y tecnología identifica cómo socialmente los *geeks* han sido marginados en sus grupos y clases, como empollones desplazados de los cortejos adolescentes donde las chicas guapas les despreciaban, para una vez triunfan en la vida laboral lograr el doble premio patriarcal y capitalista: el dinero y a la chica, esa forma liberal de “triumfo”.

Sin embargo, en la crítica a cómo el capitalismo y la tecnología contribuyen a una construcción de la masculinidad que ubica repetidamente a las mujeres como productos y que reduce el capital social a dinero, Penny deja entrever contradicciones y puntos de fricción muy valiosos, sugiriendo un lugar para la alianza. Lo hace incitando a una necesaria reflexión de los *geeks* (y nosotras con ellos) sobre las cosas que nos quieren definir y son “difíciles de describir”, cosas que podríamos transformar y mejorar juntos.

Tiene fuerza su narración sobre las conversaciones que mantiene con chicos *geek* y sus esfuerzos por compartir su visión desde la opresión, de discutir sobre la igualdad y el feminismo, resistiéndose a los continuos intentos de fetichización y simplificación maniquea. Tiene fuerza porque se valora la inteligencia de quienes están abiertos al autocuestionamiento y la autocrítica, a generar duda sobre si las visiones propias pueden estar equivocadas y por tanto pueden ser mejoradas por las de otras personas.

Siempre el mundo es reprogramable

En estos tiempos en que la economía liberal condiciona cada vez más nuestra vida y subordina a la esfera política, la racionalidad de mercado define el lugar de las personas y aquellas a las que va a apoyar, en oposición a aquellas de las que se puede prescindir en la ideación de mundo. Hoy nos enfrentamos a la idea de que el sistema se sostenga

en imaginarios más conservadores que normalizan y promueven culpa y desigualdad en muchas personas, y violencia, exclusión y precariedad de mujeres, adolescentes, *queer*, desempleados, activistas, enfermos y pobres.

La estructura del imaginario contemporáneo se sustenta no sólo en la tradición sino que se refuerza en un mundo excedentario en lo visual. Nunca ha habido tanta imagen de lo que se espera de nosotros mismos, nunca hemos tenido tanta ansiedad por ser otros y tanto bombardeo de expectativa. La resistencia y la acción no son fáciles pero son posibles, porque el mundo no nace siendo así, el mundo se hace y se educa. El mundo es reprogramable.

En este libro que ahora comienzan encontrarán muchas pistas sobre cosas que no solemos decir por las que necesitamos pasar para pensar juntos esa necesaria revolución que suponen igualdad y justicia social. Suerte que “los poderes” como Internet, en tanto artificiales, pueden ser reconfigurados y mejorados, que sus códigos pueden ser reescritos. Pero, ojo, la imaginación está lastrada, nosotras lo sabemos.

En las páginas que siguen encontrarán ideas como un espejo que acompañará su lectura. Un espejo donde nos vamos viendo, borrando y dibujando en escenarios vividos y deseados, rebosando carne y datos, con los disfraces educados a veces cogidos por los dedos y observados, entre la rabia, el malestar y la esperanza. En este texto se sugiere que la arquitectura social que seamos capaces de construir serán los jardines donde jugarán los niños mañana. No intervenirlos supone perpetuar modelos de desigualdad que nos hacen fracasar como humanos. En su honestidad despojada de ropajes de contención y buenas maneras, radica parte de la potencia de esta obra para desvelar y descubrir heridas, las de otros y las nuestras. Aquí se habla sobre aquello de “lo que no se habla”, aquello que tanto inquieta como se nos revela transformador y político.